

tumbre de gabachear los amigos de la moda; que si los predicadores de pueblo hablaban castellano puro, los cortesanos escribían y hablaban á lo mestizo.

NEAN.—Parece olvida v. m. el cap. 8 del libro 4.^o, donde sacude el P. Isla al presumido D. Carlos porque hablaba á la francesa.

GER.—No le dejo en silencio, Neanisco; antes ese capítulo, cada vez que le leo, me saca sangre, por eso mismo que en él dice estas preciosas palabras: «Ellos son (los traductores) los que han hecho que ni aun en las conversaciones, ni en las cartas familiares, ni en los escritos públicos nos veamos de polvo gálico, quiero decir, que parece no gastan otros en la salvadera que arena del Loira, del Rona ó del Sena, según polvorean todo cuanto escriben, de galicismos ó de francesadas. Ellos son, en fin, los que, debiendo empeñarse en hablar al francés en castellano (porque al fin esa es la obligación del traductor), parece que intentan todo lo contrario, es á saber, hacer hablar al castellano en francés, y, con efecto, lo consiguen.» Esta declaración reconviene al P. Isla de infiel y desleal. Pero más gravemente le acusa esta otra, puesta en los mismos labios del canónigo magistral, tío de Fr. Gerundio: «No se canse v. m. más, señor D. Carlos, que sería interminable la enumeración si se empeñara v. m. en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados que se

han introducido de poco tiempo acá en nuestra lengua y cada día se van introduciendo, con mucha vanidad de los extranjeros y no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo. Dígole á v. m. que ni á esos ni á otros innumerables francesismos que sin qué ni para qué se nos han metido de contrabando á desfigurar nuestra lengua, daré jamás cuartel ni en mi conversación ni en mis escritos.» Este protesto formal condena al P. Isla de prevaricador contra el romance. La prueba al canto. Baldona él un poco más abajo por galicanas las voces *petimetre, tengo el honor*; acaba de baldonar las locuciones *á la perfección, bellas letras*; incluye en su reprobación otros galicismos usados por el caballero cortesano; con todo eso, los estampa el propio autor en su libro. ¿De qué sirve dar al magistral el título de *castellano macizo, de leonés de cuatro suelas, muy amante de su propia lengua*, «bien persuadido á que para maldita la cosa necesita de las ajenas, teniendo dentro de sí misma cuanto ha menester para la copia, la propiedad, la hermosura y la elegancia»; de qué servían, repito, esos títulos si luego los había de envilecer desmintiéndolos con un proceder contrario? El P. Isla no usó bien de la lengua castellana, por más que se ufanase de castellano macizo.

NEAN.—Mucho decir es ese, D. Geroncio.

GAM.—No te escandalices, hombre; ya sabe su merced adónde va.

GER.—¿Qué entiendes tú por saber caste-

llano? Porque una cosa es hablar, una cosa es escribir, otra cosa es saber lo que uno habla ó escribe. Quien posee una lengua perfectamente para hablar ó escribirla con primor, ha de saber la parte positiva y la parte negativa del lenguaje; esto es, ha de tener conocimiento de las palabras y locuciones propias de la lengua, parte positiva; ha de lograr noticia de las palabras y frases impropias de la lengua, parte negativa; éstas para desterrarlas, aquéllas para realzar sus escritos. Sin este doble conocimiento no hay saber con perfección la lengua castellana; sin este doble conocimiento no se podrá levantar el escritor con la gloria de castellano macizo. Al P. Isla faltábale la segunda parte de ese conocimiento, puesto caso que le concedamos adquisición de la primera, que no será poco conceder. En el dicho capítulo octavo condena por galicismos la palabra *Nueva alianza* por *Nuevo Testamento*, la palabra *asamblea* por *junta ó concilio*; con todo eso, no lo son sino castizas, usadas por nuestros clásicos. ¿Es eso saber castellano? Quien no distingue lo francés de lo español, quien usa lo francés por lo español, ¿podrá arrogarse loa de castizo, de escritor castellano, podrá merecer título de modelo de lengua castellana?

NEAN.—Harto hizo, me parece á mí, el P. Isla en ese capítulo octavo, si muestra inquina con el lenguaje francés.

GER.—Un punto has tocado, hijo, que siem-

pre me ha dado á mí mohina. No hizo harto el P. Isla, antes hubiera faltado á su obligación, á lo que cumplía á su lealtad de español, si hubiese conocido mejor su lengua. Ojalá tuviera yo más espacio para explicar mi sentir en esta parte. Temo ser enfadoso á vuestra solícita atención. Pero dejadme que os apunte una cosa. El *Fr. Gerundio* es obra menguadísima. ¿Qué comparación tiene con el *Quijote*, siquiera algunos críticos hayan querido parangonarlos?

GAM.—Es verdad, señor; vacía y escasa hállola yo cuanto más la revuelvo, si con el *Quijote* la comparo. Si el intento del P. Isla era hacer burla de los predicadores de mal gusto, ¿cómo no me sacaba á su Fr. Gerundio de la desdichada tierra de Campos á pasearle por León, por Valladolid, por Salamanca, por ilustres ciudades, hasta plantárnosle en la corte, en cuyos púlpitos hubiera el autor hallado á manos llenas lindas ocasiones de hacer escarnio de su estrambótico predicador? ¿Qué lances tan oportunos le habrían ofrecido los concursos madrileños para desenvolverse contra la moda pulpital! Porque pensar que los predicadores cortesanos no gastaban aquellas predicaderas ridículas de Fr. Gerundio, acompañadas de lenguaje agabachado, es bobería que nadie osará creer, puesto que el P. Isla mismo declara que á D. Carlos se le había pegado el aire pestífero de las locuciones francesas por haberlas observado en los sermones de aquellos

famosos predicadores que á la sazón daban ley y eran celebrados en la corte.» Mucho mejor lo hizo el inmortal Cervantes sacando á Don Quijote á vistas, á rodear el mundo (p. 2, cap. 5), perdido acá y acullá por sus caballerías, no ocupado sino en discurrir por varias partes de España, donde fueran notorias las proezas de su mal andante ingenio.

NEAN.—Ciertamente, un predicador de tantas campanillas como Fr. Gerundio no era bien se estuviere quedo en el riñón de Castilla sin desplegar las velas de su elocuencia en los púlpitos más remarcables.

GAM.—Ya te dije que la palabra *remarcable* usóla el P. Isla con ser meramente francesa, pues ni aun el Diccionario moderno la ha querido recibir. Dos veces la leemos en el *Fr. Gerundio* (lib. 5, cap. 2, cap. 9).

GER.—Mas no te dejes en el buche, hijo, el punto principal. Cierta cosa es que los predicadores madrileños particularmente, trataban la divina palabra con más colorines de francesismo que primores de hispanismo. Con esa jerigonza insulsa tenían cebado y suspenso al auditorio de la corte, bien hallado con el abuso, aunque los más en provincias guardasen un tenor de lenguaje castellano sufridero. Aquí podía el autor apretar con toda su alma contra el francesismo reinante, tan opuesto al lenguaje castizo como lo era á la oratoria cristiana la oratoria gerundiana. Entonces, así como en

sus Cartas se llama á sí mismo *Mata-Gerundios*, podría haberse gloriado de *Mata-Gabachos*, con que la España tradicional le hubiera quedado eternamente ágracedida. Entonces cortos habrían sido centenarios, festejos, inscripciones, lauros á la inmortalidad de su nombre. Mas sin eso, el *Fr. Gerundio* quedóse tamañito, sin causa bastante para immortalizar á su autor. ¡Qué desdicha! ¡Oh talento malogrado! ¡Oh desaprovechada ocasión! ¡Oh desgracia! ¡Oh dolor! ¿Quién restaurará la pureza del contaminado lenguaje? No lo esperemos, hijos, pues se nos murió la única esperanza.

Mas, ¿qué digo? No, no era el P. Isla hombre para llevar al cabo tamaña empresa, ni aun para intentarla, ni aun para concebirla. Con más denuedo que Isla arremetió Forner al desaseo del lenguaje del púlpito. En sus *Exequias de la lengua castellana*, de que luego hemos de tratar, introduce Forner al autor del *Quijote* en esta forma: «¡Válgate el diablo por traductores (dijo Cervantes arrojando el libro de sermones y arrugando la frente) que no se han contentado con infestar las letras humanas, sino que se han atrevido á inficionar la santidad de los púlpitos! ¿Qué espíritu infernal ha metido en la cabeza á algunos de nuestros predicadores hacer hablar al Espíritu Santo en lenguaje semifrancés?» Poca diferencia va de Isla á Forner cuanto á la pureza del lenguaje, porque parecidos resabios tienen ambos de traductores de libros

franceses, semejantes descuidos en el admitir voces y frases afrancesadas, por lo cual son entrambos muy inferiores en propiedad y riqueza á los escritores burlescos del siglo xvii, si bien Isla merece, más que Forner, honroso lugar entre los verdaderamente graciosos, aunque algunas imágenes tuyas sean más propias del truhanismo que de la fina agudeza. Pero en la refutación del incorrecto lenguaje pulpital llevó la ventaja Forner al P. Isla sin ninguna comparación, pues éste ni tan siquiera le mentó.

NEAN.—Mas, ¿no bastaba que en el capítulo octavo dejase el P. Isla eternizada la impropiedad de las voces y frases francesas, con afrenta de los petimetres?

GER.—No seas inocente, hijo. Ahí ves, esa palabra *petimetre*, que sin malicia acabas de pronunciar, es una de las baldonadas por el P. Isla, á pesar de emplearla él en su *Día Grande de Navarra*, § 8, con la mayor frescura del mundo: átame esos cabos, si aciertas. El P. Isla no puede hombrearse barba á barba con los clásicos de nuestra dorada edad. No es su escrito chorrera de dichos gabachos echados á borbollón, mas tampoco es alambique de quintas esencias españolas, porque no estaba él penetrado del alma del lenguaje, del genio y substancia de la misma lengua, que consiste en la copia y propiedad nativa, descartado el farrago de la impropiedad y miseria extraña. Lo que á mí se me representa más digno de loa es

el propósito protestativo del Magistral, resuelto á no admitir los innumerables francesismos que ya entonces desfiguraban nuestro romance; porque «á mí, decía, como buen español, nada me suena tan bien como lo que está recibido en nuestra lengua.»

GAM.—No es esa floja lección para los modernos.

NEAN.—Sí, pero añadía el dicho Magistral, hablando de los traductores: «ellos son los que han pegado á nuestro pobre idioma el mal francés, para cuya curación no basta todo el mercurio preparado por la discreta pluma del discreto farmacopola.» Por caso desesperado tiene el P. Isla la enmienda del galicismo.

GER.—Lo es en verdad, especialmente hoy, después que en siglo y medio se ha como conaturalizado la galiparla, arraigándose más hondamente de día en día, hasta parecer ya propiedad en virtud de la secular posesión. Porque una notabilísima circunstancia observaréis en ese capítulo octavo, á saber, que puso el P. Isla, no sin particular tino, en boca del pisaverde D. Carlos, casi todas las frases, expresiones, locuciones, rodeos, giros y modos de decir de la gabachería, que se han perpetuado hasta nosotros. De manera que el estar hoy en vigor no hace sean castizos, como no son ni serán jamás castizamente latinas muchísimas palabras y frases introducidas en la Edad Media, por más que duren siglos y siglos en lexicones y pape-

les. De donde hemos de colegir que ese capítulo del *Fr. Gerundio* es una protesta pública, aunque algo vergonzosa, contra el francesismo pegado al romance español.



VI

GAM.—Así lo entendió aquel benemérito varón, Gregorio Garcés, cuando cifraba el *fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* en la asidua imitación de los clásicos autores. Del cenagoso atolladero me sacó á mí ese libro, en especial cuando comencé á notar que el desdichado Fabié había vaciado en su *Prólogo* á la obra de Garcés un asqueroso farrago de gabachadas á vueltas de indigesta erudición.

GER.—¿Habéis advertido la composición de lugar (dadme licencia para llamarla así) que hizo Garcés al emprender la hechura de su libro, si no hila mal mi pensamiento? Voló él con el suyo á los tiempos de Felipe V. Parándose á pensar como hombre cuerdo, dijo entre sí: Si la Real Academia Española hubiera entonces enviado á la de *Bellas Letras* de París una embajada en estos ó semejantes términos: «Muy ilustre señora: Atento que la lengua